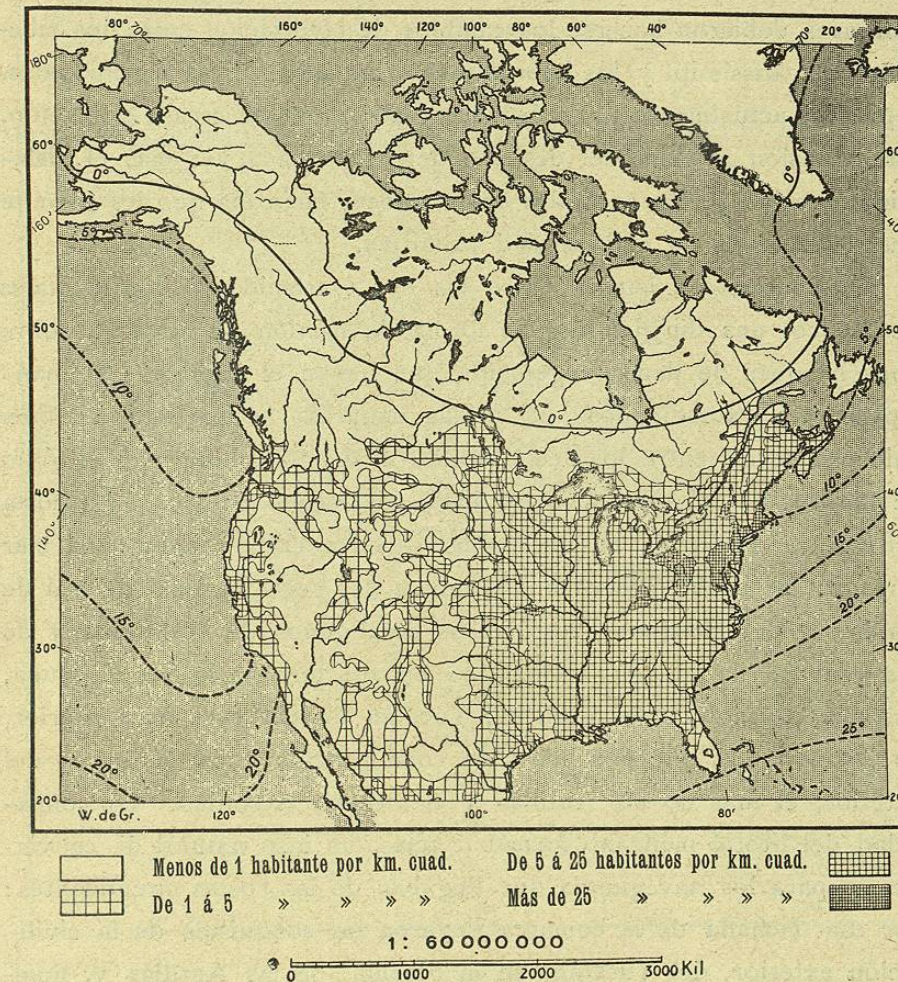


vado á una gran altura de pensamiento y que había adquirido una gran profundidad en el conocimiento de las pasiones. Desde ese punto de vista, no hay grupo étnico más interesante que aquel á quien los sociólogos norteamericanos han dado el nombre de «Amerindianos», siendo de pronunciación poco agradable, y por lo mismo condenado sin duda á no entrar definitivamente en la lengua científica.

En el continente septentrional del Nuevo Mundo, la civilización más claramente caracterizada fué la del pueblo mejicano, y precisamente la meseta que se ha designado en su conjunto con el nombre de Anahuac, que pertenece especialmente á una porción del territorio, constituye una fuerte individualidad geográfica, cuyos rasgos ayudan á comprender los destinos de la nación. Hacia su extremidad meridional levántase esa meseta como una muralla y presenta escarpes de subida difícil que, desde la orilla del mar se elevan hasta la región de las nieves y ciñen como con bandas de diferentes colores, climas distintos que forman la separación de las poblaciones respectivas de las diversas alturas, de donde resultaba que los residentes de la meseta, encerrados en el alto recinto, casi no habían de temer los asaltos de los pueblos de la zona inferior. En primer lugar eran muy superiores en número, gracias á la naturaleza de su suelo templado, y en todas partes dispuesto para el desmonte y el cultivo; además debían á ese predominio de densidad la formación de grandes ciudades y de clases industriales ingeniosas para todos los trabajos, entre otros los de defensa, mientras que las tribus diseminadas en las tierras cálidas del litoral, que no habían de trabajar para su subsistencia, quedaban en la pereza intelectual primitiva, sin pensar apenas en el escalo de las altas cimas ni en el ataque de sus defensores. Cuando los conquistadores españoles subieron á la meseta, hallándose en condiciones especialmente favorables para la ofensiva, puesto que disponían del caballo y de las armas de fuego, se dieron cuenta de que el imperio de Motezuma, establecido en la cuenca cerrada de Méjico, comprendía la mayor extensión de las pendientes exteriores hasta los dos mares: la iniciativa de la conquista perteneció á los montañeses, lo mismo que en tantos otros puntos de los Andes, del Himalaya y de los Alpes.

Verdad es que por el lado del Norte, la meseta de Méjico, encerrada entre sus dos cadenas limitadoras, que siguen, una el litoral del Pacífico, otra el del golfo mejicano, se abre ampliamente hacia la alta cuenca del río Grande. El relieve del suelo en esta dirección

N.º 386. El inhabitable gran Norte.



no opone obstáculo á las emigraciones ni á las conquistas; de ahí las semejanzas de raza y de costumbres que atestiguan el parentesco de las poblaciones. Es indudable que se han verificado movimientos étnicos en el sentido de Norte á Sud, desde las llanuras del Mississippi hacia el embudo que presenta la meseta de Méjico, gradualmente estrechada en la dirección del Sudeste (Bandelier). En una época

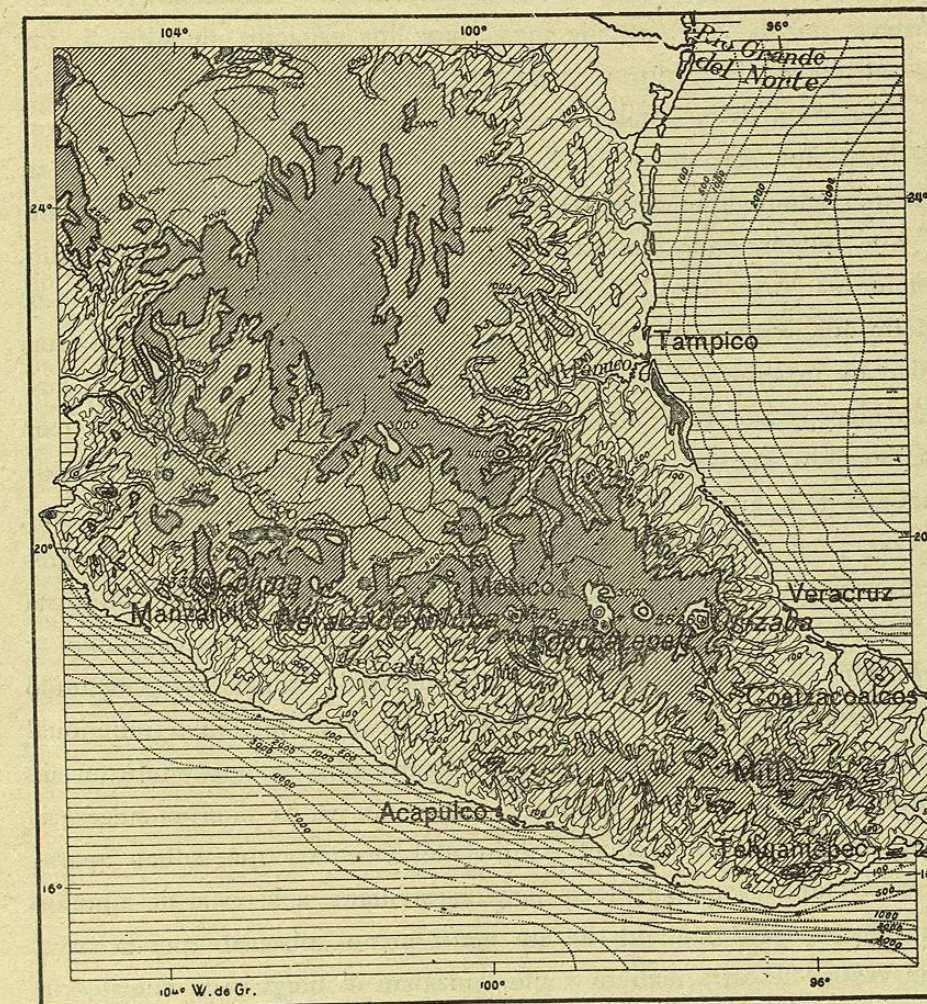
anterior, cuando los glaciares de las Rocosas y de los otros sistemas montañosos de la comarca llenaron de lagos los valles y esparcieron por todas partes aguas corrientes, los espacios que llegaron á quedar áridos y desiertos, que separan el Far-west americano de la meseta templada del Anahuac, se contaban entre los más agradables de la Tierra, y las naciones emigrantes se movían allí con toda facilidad. Entonces debieron hacerse los cambios de civilización entre los ribereños del Mississippi y los habitantes de las altas tierras meridionales, separadas actualmente por soledades y por zonas de escasa población. La extensión gradual del desierto determina cada vez más el aislamiento étnico de los naturales de la meseta mejicana que les permite desarrollarse en su originalidad primitiva.

El contraste existente entre las dos extremidades continentales de Méjico, una dirigiéndose en forma de bastión de fortaleza sobre unos bosques de densa vegetación que llenan el istmo de Tehuantepec, otra extendiéndose en áridas llanuras, se presenta también bajo otra forma entre los dos litorales, el del Este, que mira el golfo de Méjico, el del Oeste, vuelto hacia el Océano Pacífico. La costa oriental se desarrolla en un extenso semi-círculo y limita una mar cerrada: las orillas arenosas y fangosas del Tejas, la pata de oca de las bocas del Mississippi, los bancos coralígenos de la Florida y de sus «cayas», la «lengua de pájaro» en que termina la isla de Cuba, después la masa cuadrilátera del Yucatán limitan este mar interior, no dejando más que dos bocas de comunicación entre las aguas del exterior, el mar de las Antillas y el Océano Atlántico. La concavidad del litoral mejicano formaba, pues, un lazo natural de convergencia para los navegantes que llegaban de las costas circundantes: por esta fachada de la comarca llegaron las conquistas de la civilización exterior, del Yucatán, de la Florida, de las Antillas y, finalmente, los de Europa.

La costa occidental de Méjico, por el contrario, se redondeaba en una larga curva convexa á la orilla de un océano sin límites. Hasta la época de las grandes navegaciones mundiales que empuñaron el globo terrestre, esta parte de la orilla oceánica debió quedar solitaria, sin otras relaciones que las del escaso tráfico, de bahía en bahía. Defendida contra las corrientes de fuera por la

península de California que obraba á la manera de un rompeolas de mil kilómetros de longitud, la costa no podía ser punto de arribada de las embarcaciones en peligro, tripuladas por Japoneses ó

N.º 387. La meseta de Anahuac.



Polinesios: más al Norte, hacia la California septentrional, ó mucho más al Sud, á lo largo del litoral chileno, es donde tales naufragios, ocasión de mezclas étnicas, pudieron haber tenido lugar. Hasta puede admitirse que los antiguos Mejicanos hubieran conocido las islas volcánicas de Revilla Gigedo, que elevan sus rocas á 600 kilómetros al

oeste de la costa. Aun por tierra, las emigraciones de tribus y las relaciones internacionales no pudieron hacerse sino con gran lentitud á lo largo de la costa convexa del Méjico occidental, á causa de la falta de un camino natural bien trazado desde una cuenca fluvial á otra: en muchos puntos las comunicaciones se habían hecho penosísimas por la corriente de lavas, por los espacios sin agua y por la existencia de abruptos promontorios.

La obra de la conquista española en Méjico, en Colombia y en el Perú, fué ciertamente facilitada por el estado político y social de las poblaciones que se hallaban entonces en vía de regresión evidente y que hubiera sido necesario respetar más si hubieran conservado, como los Araucanos, la energía de su iniciativa individual. Los Mejicanos reconocían su decadencia, puesto que hablaban de una edad de oro durante la cual las ciencias, las artes y la industria habían prosperado maravillosamente. Se consideraban decaídos, y con fundamento, pero quizá no veían la verdadera causa: una evolución análoga á la que se había realizado en Europa hubiera podido observarse en el Nuevo Mundo; las clases parásitas de los dueños temporales y espirituales, frecuentemente en lucha por la conquista del poder, pero con mayor frecuencia unidos contra el pueblo y reduciéndole al estado de perfecta esclavitud, habían casi concluído por completo la obra de servidumbre, y toda iniciativa individual había desaparecido: los súbditos, transformados en una multitud sin impulso ni fuerza de resistencia, no tenían ya la energía necesaria para arrojar al mar «aquellos hijos del Océano» que solían aparecerseles; apenas tenían fuerza para maravillarse á la vista de aquellos extranjeros cuya piel era de un matiz menos obscuro que la suya, que vestían de otra manera y que lanzaban el fuego y la muerte con un tubo de acero.

Sin embargo, necesitó dos años de esfuerzos Hernán Cortés para dominar la resistencia de Méjico. Cuando desembarcó en 1519, cerca del lugar donde fundó la ciudad de Vera Cruz, no llevaba consigo más que quinientos hombres, pero, no teniendo que combatir con grandes ejércitos, pudo triunfar en detalle de los caciques más ó menos poderosos que le cerraban el paso, y reforzar su tropa con los Indios vencidos que consentían en seguirle, y sobre todo con los

hombres útiles reclutados en las tribus independientes ó hasta rebeldes contra la opresión de los Aztecas; varias veces también tuvo la buena fortuna de atraerse centenares de soldados españoles que su enemigo y rival Velázquez, el gobernador de Cuba, enviaba contra él. Tan astuto como valiente y codicioso, Cortés logró apoderarse



Cl. Sellier.

DIFERENTES MEDIOS QUE EMPLEABAN LOS INDIOS PARA ATRAVESAR LOS RÍOS
De una obra del siglo XVI.

de la persona de Motezuma, el soberano de la nación, y á gobernar en su nombre, haciéndole decretar la sumisión del país al emperador Carlos V y el pago de enormes tributos; pero, demasiado ávidos del goce, los conquistadores no supieron ni quisieron atraerse al pueblo, y en la «noche triste», cuando hubieron de evacuar la ciudad insular de Tenochtitlan, la Méjico de nuestros días, pasando con sus bagajes y sus escasos caballos y cañones sobre la estrecha calzada cortada de puentes que unía la ciudad á la tierra firme, creyeron llegado su último momento. La leyenda se produjo de súbito ante los ojos alucinados de los fugitivos: la madre de Dios y Santiago de Com-

postela, cogiendo en sus manos la bandera de Castilla y de León, condujeron los sobrevivientes á tierra firme, donde se preparon para la reconquista de la ciudad lacustre.

En 1521 la dominación española quedaba definitivamente afirmada en la meseta del Anahuac: sometidos todos los Aztecas y otros pueblos indígenas, se presumían, por ese mismo hecho, convertidos al cristianismo; Cortés, en su ascensión victoriosa á la meseta, había convertido á todos los paganos hallados á su paso, obligándoles á arrodillarse ante la cruz y las imágenes de la Virgen¹; pero esta ceremonia preliminar ni siquiera era indispensable para operar conversiones en masa: bastaba proclamar la toma de posesión. Un fraile, armado con una cruz, pronunciaba algunas palabras latinas ante la multitud de los indígenas, después un notario leía un documento oficial, apenas comprensible para los mismos Españoles, atribuyendo al «rey católico», en propiedad legítima y sagrada la inmensidad de los territorios desconocidos, y era cosa hecha: á partir de aquel momento los religiosos podían declarar relapsos á los Indios que no se conformaran con los ritos impuestos, y los soldados castellanos, convertidos en servidores del Santo Oficio, adquirirían el derecho de robo y de pillaje, de tormento y de matanza. Se llegó hasta contentarse con un simple simulacro de ceremonia pública, limitándose á simbolizar la conquista y la conversión. En 1538, el fraile Marcos de Niza, que se adelantó el primero sobre una colina desde donde se veía á lo lejos una de las poblaciones del misterioso país de Cibola, al norte del río Grande, amontonó apresuradamente algunas piedras para plantar allí dos ramas en forma de cruz y apoderarse oficialmente del «nuevo reino de San Francisco», que representaba los países actuales del Nuevo Méjico y del Arizona, huyendo en seguida «con más miedo que víveres», como lo expresa él mismo².

La conversión impuesta por los Españoles se realizaba tanto más rápidamente cuanto que los indígenas vivían hacia ya mucho tiempo bajo el imperio de las alucinaciones religiosas; no se admiraban de ningún milagro y se prosternaban fácilmente delante de todos los

¹ Bernal Díaz del Castillo.

² F. A. Bandelier, Memorias diversas; F.-W. Hodge, *The American Anthropologist*, Abril de 1895, vol. III, n.º 2.

ídolos nuevos con la misma fe que ante los antiguos. Los Españoles, queriendo hacer creer á los Indios que el blanco era un ser

N.º 338. Tenochtitlan y su laguna.



1: 500 000

0 10 20 30 Kil.

inmortal, aunque algún cadáver de los suyos hubiese quedado en los combates, se guardaban bien de exponer el crucifijo¹, pero exhibían

¹ Remesal; — Aubin, *Mémoire sur la Peinture didactique*.